

Persuadido como estoy de que en estos casos habla más claro una muestra que cien reflexiones, copio dos ó tres imitaciones de éstas, por lo breves, y una composicion original, que tanto yo como mis lectores á buen seguro que deseáramos fuese más larga.

DÉCIMA EN EL ESTILO DE CALDERON.

Si ama el céfiro á la rosa,
Y ama la rosa al rocío,
Y la clara fuente al río,
Y á la luz la mariposa,
¿ Por qué en soledad penosa
Ha de negarnos amor
La dicha, que á su sabor
Gozan por merced del cielo
El aura y el arroyuelo,
La mariposa y la flor?

IMITANDO Á RIOJA.

Más precio yo la paz de mi cercado
Y el fresco toldo de mi verde parra
Que el techo artesonado
Con oro y jaspe de invencion bizarra.
El soplo de Favonio, el concertado
Trino del ruiseñor, que en la espesura
Cele su blando nido,
Traen al despierto oído
Tesoros de dulzura
Que nunca humana voz ha producido.
Amen en las ciudades,
Presos en red de torpes veleidades,
Los que de amor liviano se alimentan.
Yo bendigo el descanso
De los amantes que sus penas cuentan
Al arroyuelo cristalino y manso,
Y con su lloro ardiente
Ensanchan el caudal de la corriente.

DÉCIMA IMITANDO Á SANTA TERESA.

Alma esta noche nos llama
A que tratemos de amores,

Y á que de Aquel te enamores,
Que ántes de nacer nos ama.
Huye la mentida llama
Con que el mundo te embelesa,
Sus encantos mide y pesa,
Y advierte que todos son,
Ménos que fuego, carbon,
Ménos que carbon, pavesa.

No son éstos ciertamente prodigios de poesía; pero mucho me engaño si no causan general complacencia, considerados como imitaciones, como pruebas de que Catalina habia penetrado el espíritu de cada poeta y sabia ajustarse á su verdadero estilo.

De entre sus pocos versos originales, elegirémos, por la ternura y la melancolía que ostentan en cada renglon, las siguientes seguidillas:

Cuando viniste al mundo,
Tu dulce guarda
Los ángeles del cielo
Se disputaban.
Los más hermosos
Tienden sobre tu cuna
Sus alas de oro.

De tu madre al arrullo
Tranquila duerme,
Y aunque un trono tuvieras
Cuando despiertes,
Despierta tarde,
No hay trono cual los brazos
De nuestra madre.

Crece, niña hechicera,
Crece lozana,
Como árbol en la orilla
De limpias aguas.
Crece, y que nunca
Se nuble el claro cielo
De tu ventura.

Ángel de la esperanza,
Risueño y puro,

Tú comienzas el viaje,
Yo lo concluyo.
Quizá los rayos
Que iluminan tu aurora
Doran mi ocaso.

Mas si un dia, en el fondo
De tus recuerdos
De mi voz apagada
Resuena el eco,
Piensa que he sido
El primero en cantarte
De tus amigos.

¡Qué suave melancolía la de estas dos últimas estrofas, y más ahora que vemos realizados los tristes presentimientos del vate!

A buen seguro que á nadie le entra deseo de analizar esta sencillísima composicion; harto hará cada uno si logra distraerse, pensando en cualquier cosa, para contener una importuna lágrima. Basta de poesía, la menor de las dotes de D. Severo Catalina.

Pues ¿cuál fué la mayor?— se preguntará.— Para contestar sin ese orgullo censorio que suele acometer á los pequeños cuando se llaman á sí mismos ó se consideran llamados á juzgar á los grandes, dirémos que brilló más en lo que frecuentó más, porque lo que es el acierto le acompañaba siempre.

Repárese que nació en el año de 1832, y vivió hasta el 18 de Octubre de 1871. Estuvo, pues, su corta vida como ajustada á una época y á un reinado..... No es del caso juzgarlos; baste decir que Catalina vino al mundo, y se crió, y creció, y se desarrolló, y maduró, y dió exquisitos frutos, y ántes de marchitarse desapareció, todo dentro de la época más cuestionadora, más contenciosa de toda nuestra historia. Porque divididos todos en dos bandos, el bando de *lo que fué* y el bando de lo que *no haya sido nunca*, y subdivididos todavía en infinitas especies de estos dos grandes géneros, bien puede asegurarse que el carácter más general es la divergencia, la polémica,

ca, la disputa, el horror á la unanimidad. El que no ha nacido para disputar no ha nacido para nada en esta época de controversia. Y así como el que nace y se cria en casa del director de una academia de baile cree de buena fe que el hombre ha nacido para bailar, y el que en una casa de juego está seguro de que jugar es lo principal, los que pertenecemos á la época de que hablamos consideramos que el destino de un español es disputar *mucho, fuerte y bien*. ¡Quién sabe si entre nosotros la misma *disputa* es el principal objeto de la *disputa!*.....

Pero lo que importa para nuestro objeto es que Catalina vino al mundo en una época de universal controversia, y que viniendo adornado de todas las cualidades convenientes para distinguirse entre los disputadores, todavía supo reforzarlas y perfeccionarlas él con el continuo estudio.

No están, que sepamos, hasta hoy teóricamente señaladas las condiciones del verdadero periodista. Cada uno de los del oficio—y casi todos lo son—tiene su método particular de ejercerlo, exceptuando algunos que no tienen ninguno. Para halagar á los suscritores y aumentar su número; para imponer respeto á los contrarios, sin familiarizarse demasiado con los amigos; para juzgar de cuanto pueda ocurrir; para lidiar fiscales sin frecuentes cogidas; para *impersonalizar* las personalidades; para fingir que se sabe todo, y más particularmente lo que más se ignora, es necesario tener una disposicion, una vocacion especial.

Nunca perteneció Catalina al vulgo de los periodistas. Escogia casi siempre las cuestiones más graves y difíciles; sabía ilustrarlas con buenos datos y excelente orden; las presentaba adornadas con su peculiar agradable estilo; cerraba todas las puertas á los adversarios, y tal arte se daba, que para contestar á una de sus columnas, bien necesitaban diez los que se empeñaran en contradecirle.

Tenemos ya á nuestro D. Severo entregado á la política y al ejercicio de periodista, que por espacio de catorce años habia de absorber toda su atencion, robando á las letras españolas lo mejor de una vida tan corta y tan preciosa. Si vaciló al principio ántes de tomar decididamente partido, no es cosa que in-

terese mucho averiguar, ni que, averiguada, pudiera en modo alguno desacreditarle: que ninguna de nuestras muchas parcialidades tiene vinculada la razon en su gremio, y ántes de dejarse ir por una de tantas sendas, no es de extrañar que probase y tantease, discreto, la direccion y el probable término de algunas de las demas. Lo importante es que, en el violento peligroso ejercicio de esta profesion, de ninguna manera se corrompieran ni su corazon ni su moralidad ni su estilo.

Habia cobrado miedo á los excesos que se cometen á título de libertades, ódio á las várias especies de tiranía que se ejercen con ese nombre seductor. Creia firmemente que habíamos tomado ya bastante de ese fuerte alimento, necesitando reposo para digerirlo. Observaba lo cortas que eran las jornadas que en este peligroso camino hacia la nacion que á todas las demas europeas ha servido de modelo, la Inglaterra; y cómo se aguarda allí á que esté bien seca y afirmada la obra, ántes de proseguir la construccion con riesgo de edificar sólo para próximas ruinas y hundimientos. Y todo esto le hizo cauto, desconfiado, tímido en punto á progresos, más amigo de aprovechar lo adquirido que de aspirar á lo extremado y lo desconocido. Pero como la aplicacion de sus grandes facultades y el homenaje que sus contemporáneos habian de prestarle pendian del magisterio, de la prensa y de la tribuna, verdad que á él ménos que á los demas se le escondia, hubo de trabajar siempre con la desventaja de procurar restringir y limitar aquello mismo de que únicamente podia esperar un distinguido papel en la escena política. Situacion algo embarazosa, de que habian participado más ó ménos sus antecesores Bálmés y Valdegamas y cuantos han tenido que aprovecharse de la libertad para hacer guerra á los excesos de la libertad. Como el albañil demoledor, que golpea y pica en el arco mismo en que está subido.

En lo que siempre caminó animoso, decidido y tan impetuoso como el que más de nuestros escritores, fué en la defensa y desarrollo del principio religioso católico. Bien fuesen sus profundos estudios bíblicos, ó la solidez y sinceridad de su fe,

ó el piadoso espíritu que sus padres, su respetable hermano y sus primeros maestros habian sabido inspirarle, ello es que á cualquier propósito siempre brotaban en su conversacion, en sus escritos y en sus discursos las ideas religiosas, hasta el punto de que, si por lo dominante en casi todos ellos hubiésemos de clasificarle, su lugar estaria decididamente entre los apologistas católicos.

Dicho se está cuáles serian sus convicciones en todos los puntos en nuestra época disputados acerca de la dignidad, prerogativas y altísima supremacía del pontificado. Apénas tiene igual en esto Catalina, ni entre los escritores antiguos ni entre los modernos, entre los italianos ni entre los españoles. Los Gracianos, los Baronios, los Palavicinos, los Roccabertis, los Mamachis, los Devotis, los Inguanzos, los Bálmés, los Donosos, no fueron más finos amigos de la Santa Sede. Llegó hasta donde era posible llegar, á más habria aspirado si hubiese atinado á concebir más. ¡Qué constante aversion al protestantismo, qué menosprecio de los regalistas, qué ira contra los católicos tibios é indecisos, qué exaltacion con las glorias del pontificado y las virtudes y grandezas de cada uno de los innumerables sabios, los grandes hombres y los grandes santos que han ocupado la silla de San Pedro! — Como verdadero enamorado, jamas concibió ni consintió excepciones ni límites en los derechos del objeto de su ardiente pasion. Hablaba en estas materias como profundo canonista, y hasta como sabio teólogo, y traia y hacia servir á su propósito ingeniosamente todos los hechos de la historia y todos los tesoros de su memoria, de su poderosa razon y de su fecunda imaginacion.

En la imposibilidad de enumerar los notables trabajos de este órden de D. Severo Catalina, citarémos sólo una serie de artículos que dedicó en *El Estado* á la cuestion á que dió lugar la separacion del niño Edgardo Mortara de casa de sus padres, judíos de Bolonia, la que publicó al acercarse la celebracion del Concilio Ecueménico del Vaticano en 1869, y la última de sus tareas periodísticas, escrito dado á luz con motivo del aniversario xxv de la exaltacion á la silla pontificia de nues-

tro amantísimo esclarecido Pontífice Pío IX. La obra dedicada á la cuestión Mortara, y luégo retocada é incluida como capítulo, aunque algo episódico, en *La Verdad del Progreso*, es el más acabado modelo que puede proponerse del modo de tratar estas controversias, superior á cuanto conocemos, español y extranjero, de los tiempos modernos en su género. — *El Concilio y El Aniversario vigésimoquinto de Nuestro Santísimo Padre Pío IX*, aunque no son trabajos de tanto empeño, brillan por la oportunidad, la erudición y la elegancia de la forma.

Lo repetiremos: periodista Catalina, pero de primer orden, era familiar para él la táctica sublime del periodismo, y hasta los que sin duda serán sus secretos para nuestra pequeñez. Los periodistas vulgares se arrojan sencilla (íbamos á decir inocentemente) á la práctica del oficio; los jefes, los corifeos, ejercen su ministerio de una manera más trascendental. Modesto, confiado, sencillo Catalina en su conducta familiar y doméstica, era previsor, astuto y casi fiero como escritor político.

Medio término entre publicaciones periódicas y libros son *La Verdad del Progreso* y *La Mujer*, obras, sin embargo, que bastan para establecer la reputación de un escritor; obras que cuesta mucho creer puedan ser de un mismo autor, por lo diferente y hasta lo opuesto del género y del estilo.

La Verdad del Progreso, escrita con celo, con fervor y hasta con exaltación, teniendo muy á la vista las del Conde de Maistre, Chateaubriand, Bálmes, y algo las conferencias del P. Félix, es frecuentemente elocuente y á las veces retórica. Trozos podrian citarse que parecerian elegidos entre lo mejor de nuestros grandes místicos; trozos acaso demasiado torneados..... El todo es admirable, más como conjunto de sanas y cristianas ideas felicísimamente expresadas, que como cadena de racionios encaminados á un solo objeto. No faltan proposiciones aventuradas y algunas paradójicas. Sobre todo, se advierte que el autor, en medio de su entusiasmo, no veía más que su propio campo, no dignándose ni reparar siquiera en el

de sus adversarios (1). De aquí resulta que la disputa es completamente estéril; ni se define bien lo que ha de entenderse por progreso, ni se distingue entre el sensualismo y el estudio de la naturaleza, olvidando que los pueblos más ignorantes han sido y son los más sensuales; ni se define desde qué punto empieza á ser pecado el adelanto material y el estudio de las cuestiones psicológicas. La pasión suele producir obras elocuentes; rara vez obras verdaderamente útiles y prácticas. Parece carácter de nuestro siglo; en las controversias políticas y religiosas, por no empezar poniéndose de acuerdo siquiera en el significado de los términos, caminan paralelamente los contendientes, sin encontrarse ni trabar verdadera batalla nunca.

Vaya ahora una muestra, si no de verdadera elocuencia, de grandeza bíblica, tomada sin elegir casi del primer capítulo: «Mientras los pueblos de la tierra entretenían á la infantil humanidad con juguetes de piedra como las pirámides de Egipto y los templos de Tébas, el pueblo hebreo la enseñaba á leer en las páginas que escribía Moisés; aquellas pirámides y las ruinas de aquellos templos son hoy fósiles apreciables de una civilización que murió porque no progresó; que no progresó porque le sobraban dioses y le faltaba Dios.....»; y poco después continúa: «..... cuando toda carne corrompió su camino, y sólo maldad se albergaba en todo corazón, Dios lavó la tierra que había formado, con un diluvio cuyos imponentes vestigios hoy estudia atónita la ciencia; borró la creación viviente como si borrara una palabra que se arrepintió de haber escrito en el libro de su omnipotencia; y un justo y su familia sirvieron de retoño al árbol de la humanidad, tronchado y arrastrado por las aguas.»

Entre las muestras de elocuencia mística que podrian también citarse, tomaremos algunas cláusulas del mismo capítulo: «El último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del pro-

(1) Pueden contarse como tales D. Emilio Castelar en *La Fórmula del Progreso*, y D. Carlos Rubio en *La Ley del Progreso*, que se habían publicado por entónces.

greso; el Cristo muere en una altura que se ve; en otra altura que no se ve está el término codiciado; la humanidad está entre las dos; está en el valle de lágrimas; Jesucristo en la piscina de Bethsaida ha dicho al paralítico: «levántate y anda»; y el paralítico es la humanidad postrada por la culpa y vuelta al movimiento por la muerte del justo; «dejadla andar», diremos á los espíritus soberbios que se oponen á su marcha: *sinite abire*; quitadle las ligaduras del error en que la teneis aprisionada, etc.....» No sé si los teólogos perdonarán á un *lego* el atrevimiento de decir todo esto, invadiendo así los límites de la exposicion místico-alegórica; no sé si merece el nombre de *lego* el que esto acierta á decir; pero es necesario acudir á los inmortales escritos de nuestros insignes místicos para hallar cosa parecida.

Paradójicas podríamos acaso apellidar proposiciones como ésta (pág. 275): «El honor, otro de los elementos del arte cristiano, no puede ser entendido en las sociedades antiguas.» Como si Codro, Atilio y los Decios no hubieran sabido lo que es honor.

La Mujer, es la obra más popular del Sr. Catalina; raras son las que alcanzan en España á la cuarta edicion en tan pocos años; las observaciones, sentencias y chistes de *La Mujer*, se repiten y celebran por todos. Es tambien la más *seglar*, y, en el buen sentido, la única *profana* que nos ha dejado. Siendo cierto que salió á luz á trozos en artículos en un diario político, algo ántes hubo de ser de la fecha que lleva el *proto-humorístico* prólogo del Sr. Campoamor, 1.º de Enero de 1858, y cuando el ingenioso autor distaba todavía bastante de la mayor edad. Que su contenido son *Apuntes para un libro*, se advierte desde la segunda línea de la portada, y se cumple con sumo despejo y gracia en toda la obra.

¿Cómo la clasificaremos?—Decididamente como individuo muy distinguido de la amenísima familia de los *Ensayos ligeros*, casi desconocida hasta poco há en nuestra literatura, al paso que tan honrada y tan numerosa en la francesa, y más en

la inglesa. Y decimos *Ensayos ligeros*, porque *pesados* nos sobran acerca de variedad de cosas. Nada ménos que un Bacon probó de los primeros sus fuerzas en este género en Inglaterra, y un Montaigne en Francia, y sus *Ensayos* no envejecen. En la primera siguió el grande ejemplo una serie de escritores insignes, Fielding, Addison, Steele, Johnson y otros varios; prosiguiendo el cultivo de este género tan encantador plumas como las del festivo americano Irving y de Dickens en nuestros dias. Francia, sin ser estéril, no ha sido tan rica. Nuestra pobreza, aunque condescendamos en contar en esta clase al obispo Guevara y á Pedro de Mejía y á Feijóo, hasta el presente siglo, era solemne y notoria; luégo hemos mejorado mucho de fortuna con las obras festivas del Curioso Parlante, de Abenamar, de Larra y de cierto Estudiante, que á estas horas debe estar ya graduado, y muy graduado, segun nuestra cuenta.

Exige este difícil género, más que otro alguno, chispa, originalidad, agudeza, gracia, ligereza, brevedad; pero constantes, continuas, inseparables compañeras; y todas ellas asistieron muy oficiosas al Sr. Catalina en el desempeño de su tarea, sin espantarse de tantos y tan serios estudios como casi llenaban la casa. Ahora, al observar la alegría y el despejo con que llevaba la carga desde el principio hasta el fin, imposible es desconocer que habia nacido para ello, ¿y para qué no su flexible universal talento?

Generalmente son los *Ensayos* de que hablamos quinta esencia destilada hábilmente despues de continuas observaciones y de larga experiencia. En el presente caso no pudo ser así: ¿cuándo, á los veinte y cuatro años, habia tenido Catalina tiempo y ocasion de hacer observaciones, ni de adquirir experiencia en punto á los misterios recónditos del alma y del corazon de la mujer?—Si en tan peligroso ejercicio se hubiese entretenido, por cierto que no disfrutaríamos hoy de esta ni de sus demas obras. La intuicion y el buen sentido práctico, cierto que suelen ayudar y suplir mucho; pero en punto á lo que llamamos mundo y conocimiento de caractéres, muy poco; esto se logra sólo con el comercio de los hombres y la asistencia continua á la buena sociedad.

Llama la atención ante todo en este librito la erudición. Porque, ó es casual ó buscada; si casual, ¡cuánta y qué vária lectura! si buscada, ¡cuánto tiempo invertido en hallarla!— Prefiere la erudición moderna, la posterior al cristianismo, á la antigua filosófico-pagana. De toda forma y distribución metódica se sacude hábilmente: « Cuando un filósofo, dice, un crítico de superiores luces y más feliz ingenio escriba *el libro*, en buen hora se le obligue á entrar por el carril de los métodos.»

El estilo es constantemente *de apuntes, no de libro*. Cortado, humorístico, juguetón á las veces, lleva la concisión y la aparente ligereza hasta un punto casi desconocido entre nosotros; modelos, apénas los tenemos, y no puede ménos de recordarse un periódico tan maligno como ingenioso de 1854 al 56. En Francia hay mucho de esto hasta en los escritores más serios, desde el cortado y estrecho período de Fenelon, de Montesquieu, de Voltaire y de Juan Jacobo, hasta el casi bíblico y sentencioso de La Mennais. Pero el estilo del Sr. Catalina en esta obrita es todo español, y á mi entender no es imitación de ningún otro.

Da lástima haber de contentarse con decir que abunda *La Mujer* en gracias de dicción, de locución y de estilo—de palabras, de frases y de períodos; porque es un conjunto, un mosaico de todas estas gracias.—¿Muestras?.....—Sería necesario convertir esta *Noticia* en quinta edición de *La Mujer*.—Sorteemos las páginas, abramos por donde salga.—Pág. 63: «La luna que boga majestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la región de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida; hé aquí el amor.»—Otra cita, volviendo á sortear páginas, es de la 75, y de género muy diferente: « Para los colegiales atolondrados y los que se llaman hombres de mundo, porque viven en el mundo, es de rigor comenzar *escribiendo ó hablando*, sean cuales fueren las circunstancias y sea cual fuere la mujer elegida para víctima.—Con una metralla de *senti-*

miento, impresiones, alma, corazón, juramentos, felicidad y todas las otras frases que hay en otros ciertos *libros para escribir y dictar cartas*, esperan los enamorados vulgares tomar la fortaleza y conseguir la conquista.»—¿Chistes?..... pero chistes delicados y oportunos hay innumerables. Profanación seria, á nuestro entender, entresacar algunos ó extractar chistes.

Resultado: la forma de *La Mujer* es como correspondia, bellísima, deliciosa; y al observar cómo los borradores de esta linda obrita andarían sobre la misma mesa mezclados y barajados con cuartillas de lecciones de hebreo y de artículos de fondo, y que todo salía de una misma cabeza y de una misma pluma, no es de admiración, es de pasmo de lo que nos sentimos acometidos. No habrá quien dispute á estas preciosas páginas el ser tesoro de agradable poesía, ni á su autor los títulos de poeta y de excelente *colorista*. Pero ¿reune en grado igual las dotes de filósofo y de moralista?—¿Es el libro tan profundo, tan práctico, tan doctrinal como ameno?—Vémoslo imparcialmente.

Ante todo reconocemos que en libro, al parecer tan ligero, no se encontrará una sílaba que desdiga de la delicadeza y del decoro más exquisitos. ¡Cosa admirable y que descubre la pureza y severidad del autor! El suave calor que reina en toda la obra nunca degenera en sensual; no hay en ella cosa que deba disgustar ni á la más pura y escrupulosa de las madres.

El Sr. Catalina, al escribir esta preciosa colección de *Ensayos*, no cabe dudar que se propuso hacerlos útiles, moralizadores, prácticos. El primero lleva por título *La educación*, y en él parece que se quiere presentar el programa de lo que debería ser la de la mujer: « Infundir y fortificar en la mujer, dice, una virtud ilustrada más poderosa que los infortunios que la esperan, y más dulce y arrebatadora que las seducciones que la amenazan..... »; y de educación se continúa hablando en cada página, y frecuentemente se acusa al hombre porque no se esmera y se extrema en proporcionar á la mujer una excelente educación; y ya cerca del fin se declara que ésta no es otra que la educación cristiana. No puede, por tanto, estar más descu-